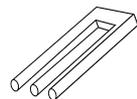


20

RELATOS (2)
ALBERTO DILGER



circa

/ 2020



I.

Subimos sin dificultad todo el edificio. El gran portón dejaba pasar una luz tibia que se embarraba en el piso y cruzaba la habitación como una manada de caballos que libremente buscaba la salida por una cañada secreta. Subíamos solos –no sé si abrazados– por una majestuosa escalera de un antiguo edificio. Todo era gris excepto nuestros cuerpos que emanaban una luz menos opaca. Recuerdo con claridad que tu cuerpo se balanceaba hacia mí; por eso puedo asegurar que estaba a tu lado y que subíamos por esa escalera de caracol hasta llegar a una enorme estancia. No sé si tú me dirigías o si los dos habíamos entrado deliberadamente buscando alguna cosa en los pisos de arriba. Todo había resultado más fácil desde que empezamos a subir. Tenías todavía el cabello largo, si bien recuerdo. Al fondo llegamos a otra escalera menos ancha y sin los barandales de cantera de la escalera principal. Yo seguía a tu lado sin tocarte, evitando el sonido de las palabras. Avanzamos silenciosamente y oí tu voz que canturreaba una vieja canción italiana. Después llegamos a otra escalera más angosta y más oscura y después nos encontramos con otra y otra. No puedo decir qué tanto subimos ni cuántas escaleras eran porque una escalera podía ser otra de repente, pero me da la impresión de que, mientras subíamos, el tiempo era una serie de espacios verticales y horizontales que formaban un camino por el que nos encontrábamos. Todavía cuando llegamos al último piso estábamos vestidos. Arriba había un estrecho pasillo circular que era la base de una cúpula con otra cúpula adentro. Me dio la impresión de que nos encontrábamos encima de todas las escaleras que habíamos subido. Era un espacio que ya habíamos imaginado y en el que se acumularon todas las formas de esa noche. En vez de seguir por el pasillo subí por la cúpula. Estaba muy oscuro y, hasta ese momento, era una forma que no entendía. Ibas a mi lado y veía tu hermosa espalda que acaricé con mi muslo. Ahora puedo decir que lo que estaba sucediendo era poco ridículo y que cualquiera hubiera creído que lo habíamos planeado con toda calma. Pero ni tú ni yo pensábamos así, estábamos ahí porque queríamos, eso es todo. Para poder escalar la cúpula te subiste encima de mi espalda y desapareciste por unos segundos. Después persiste tus pies sobre mis hombros y alcanzaste la

última escalera. Estábamos encima de todo, como estas palabras sobre el papel o como las líneas de un hexagrama chino imposible de descifrar. Ante las dificultades habíamos descubierto una extraña fuerza que no salía de nosotros. Del otro lado, como en cualquier parte, sucedían cosas que no podíamos ver ni creer. Muchos días después se me ocurrió pensar que las cúpulas eran dos enormes campanas, una dentro de otra. Si esto era posible, sólo tú y yo, y nadie más, sabemos lo que esta imagen significa. Subíamos, nos empujábamos y nos acariciábamos al mismo tiempo.

Ya casi para llegar a la cima percibimos un claro resplandor del otro lado. Tuve la sensación de que nos soltábamos y terminamos de subir como dos centinelas que han sido sorprendidos por el enemigo. Escuchamos un suave acorde de piano y emocionada me tomaste de la mano y nos asomamos para ver a una bellísima mujer vestida de largo que oía, recargada en un piano de cola, a un hombre que cantaba una vieja canción inglesa. Su vestido blanco formaba una cruz con el negro del piano. Él, mucho mayor, era como una pelota blanca medio inflada o como un niño grandulón y torpe del que todos nos burlamos. Sufría de calor, pero lo que más le abrumaba era que había cerrado el círculo en el que nos encontrábamos esa noche. Lo habíamos seguido hasta esa playa desierta que diagonalmente cruzaba el horizonte y su voz se confundía con el susurro del oleaje que bañaba nuestros pies. Estaba enamorado de ella, quien se aprovechaba haciéndolo sufrir al esperar en balde una serie de favores que nunca iba a cumplir. Al otro día, en cualquier sitio menos caluroso, se arrepentiría de esa noche en la que estábamos atrapados. En realidad, lo que alcanzaba a ver era casi nada porque entre ellos y nosotros un misterioso halo desenfocaba todo. Sin poder ir más allá, habíamos llegado al límite que nos separaba de la pareja que cantaba y tarareaba una melodía que tú reconociste. Me volteé y comencé a mamar tus pechos mientras la melodía siguió por un tiempo más.

Al bajar a la estancia del primer piso, me dio la impresión de que ciertas cosas se pueden volver a repetir. El salón estaba iluminado y vacío y parecía mucho más grande que cuando lo atravesamos para subir por la escalera del fondo. Ahí me encontré de nuevo con él. Estaba bailando solo, sin música, con una agilidad que no correspondía con su cuerpo. Me di

cuenta de su enorme estatura, de su rostro sonrojado bañado de sudor, de su corbata de moño encajada en el cuello y del sonido seco de sus tacones. Me pregunté si estaría pensando en ella mientras corría sobre una cuerda floja sin perder el equilibrio. Su cuerpo dibujaba círculos alrededor de un centro imposible. No siempre soñamos, pero al principio había por lo menos cuatro historias que se fueron dividiendo hasta quedarme al final sólo con una. Por mi culpa. Me dijiste que este era el otro sueño que te había contado.

2.

Recorrí distintos lugares en la noche. Primero, llegué a donde unos niños gritaban al bajar una colina y en lo alto se levantaba una torre que no quise subir. Recuerdo que la sombra de un ala negra me protegió de los hermanos gemelos que no dejaban de hacerme caras. Después llegué a un lugar lleno de árboles cercado por un río en donde un ángel ordenó que se detuvieran las cosas. Era un sitio silencioso y por él caminé todas las mañanas sin ningún propósito. Aprendí que la paciencia es la virtud más valiosa porque nos permite reconocer las voces que nos llaman. Nada de esto tenía que ver con los colores del río ni de los árboles, pero me conformé con ver que todo lo demás ocupaba un lugar que obedecía a un orden superior. Al tercer sitio llegué rompiendo las ramas que me impedían el paso hasta donde me esperaba un ciervo detrás de un pozo. Escuché una voz que me rogaba que levantara los ojos y buscara una pequeña capilla en donde la luz gris se encuentra con el aire verde. Tuve que levantar las manos para que no me sorprendieran tomando las cosas que no eran mías. En ese lugar comprendí que no se puede conseguir todo lo que uno quiere y menos si hemos dejado de creer en el poder de las almas encerradas en los cuerpos.

Por último, llegué a un lugar donde el cuervo muere de hambre y el venado espera pacientemente el disparo de la escopeta. Apenas tenía espacio para saltar sobre el cielo y todo se apagó en este último sitio como el canto de los gorriones que nos esquivan entre las ramas de los laureles. Después el cielo se movió hacia la izquierda y oí algunas palabras incomprensibles que salían de una gran boca abierta. Había aprendido que era la muerte y desde entonces prefiero el silencio que queda entre las cosas dejadas a un lado a los suspiros que se alcanzan a oír en el otro. De ahí Susana me llama para que vaya a despedirme.

3.

La enorme tortuga despertó y lentamente se acercó hasta la pared de la recámara. A su paso el silencio se multiplicó y se recogió en un ritmo monótono y rojo que iluminó su alrededor. No fue el contraste de la oscuridad de la habitación y la cantidad de rojo del espejo lo que a esa hora dividió las palabras y las cosas, sino un extraño presentimiento de que de nuevo me he equivocado al creer que el rumor que se percibe de noche ha entrado por la ventana para hacer que las cosas empiecen a moverse. La tortuga sabía que tenía que recomenzar su camino en una espiral de cuyo centro se aleja en cada vuelta. Nada evitó que subiera, ni la humedad, ni el sol, ni las heridas que aparecen tras de cualquier esfuerzo cotidiano, ni las cavilaciones que suceden en la noche después de un encuentro que nos ha conmovido.

Desde esa altura la tortuga iluminó la habitación. No había lugar para la noche ni podía entrar con la cortina cerrada. A la cantidad de luz roja se sumó un enorme lagarto azul que se montó encima y subió por la escalera invisible como el principio de un gran incendio. El mundo se volvió a dividir y lo que imaginé que había sido creado por una fuerza decidida, después de un tiempo, resultó imposible.

Sobre la tortuga y el lagarto se subió un pequeño pez amarillo. La luz que despedía era muy intensa a pesar de su tamaño y de la costumbre de creer que el amarillo es menos luminoso si lo miramos con la cabeza inclinada. Pero el amarillo como el sol es una fuerza silenciosa que nunca golpea al objeto que toca y poco a poco se hace imperceptible al permitir que los cuerpos mantengan un orden en el día. Este mundo dividido en tres fue suficiente para que la luna se detuviera y dejara de respirar y hablar. Una nube rodeó la habitación y acepté que el movimiento de la luz era la única prueba de la redondez de la tierra.

El pez amarillo mordió la carnada sin sacudir el anzuelo y el Pescador pacientemente le alcanzó la caña. Tenía que esperar y aprendió a aguantar el peso in que por ello tuviera que mentir. Se había equivocado y estaba obligado a encontrar un remedio antes de que fuera demasiado tarde. De nada me sirve saber que el cielo es azul y que está lleno de estrellas si no sé esperar con los ojos cerrados a que el pez amarillo salte. Por lo

demás, el Pescador no hizo ningún esfuerzo para distinguir lo duro de lo blando y nunca llegué a revelar el misterio.

Las luces subieron hasta recuperar la posición original que una voz desde lo lejos había imaginado. Alguien pidió ayuda para regresar o para no seguir subiendo, pero después de tres horas fue imposible romper el círculo que se abrió esa noche. Todo se partió por la mitad y las cosas lentamente se separaron como abrimos y cerramos las manos al despertar. El círculo no tenía nada que ver con mi sueño, sino con la felicidad de haber encontrado la forma de repartir la noche en tres partes iguales, en donde las palabras de cada hora construyen una historia cuyo fin es el principio de otra.

4.

Cuando las rodillas se llenan de agua y tenemos los ojos cerrados, podemos cruzar el túnel por el que llegamos hasta aquí. Es sólo cuestión de minutos y de un pequeño esfuerzo que me pides que haga. Atrás está el parque en medio de la calle, un círculo en donde nos arrepentimos. Después, el problema es detenerse y esperar a que vengan a buscarnos. Me acosté a tu lado como cuando era niño e inmediatamente se me quitó el miedo que me da sentir dos cuerpos juntos, uno pegado a otro. La barcaza era demasiado pequeña para los dos y nos hundimos. No debimos subirnos al mismo tiempo y más con el mar tan agitado como el de anoche. Juramos decirnos siempre la verdad por lo que ahora te pido que levantes la mano derecha y me digas porqué te dormiste ahí a la deriva con el mar como estaba y sin hacer caso de mis llamados. Después vino el eclipse y subí una montaña para ver cómo de pronto se oscureció el día con la velocidad como las cosas caen en la noche. Permanecemos junto a los pájaros despiertos y las nubes se quedaron en el mismo sitio para estar con nosotros. Le gritamos a la luna y sentimos el peso de un cuerpo sobre otro cuerpo. Pasamos de un día a otro, de una tarde en la que subimos hasta la enorme roca a la tarde en la que nos quedamos con la mano derecha levantada para ver cómo la tarde y la roca desaparecían. Estábamos viendo algo que nos podía dejar ciegos, pero dijiste que sólo vivimos por lo que vemos aunque el mundo se reduzca a una serie de líneas verticales en las que desesperadamente dividimos lo cerca de lo que alcanzamos a ver como un pequeño punto a lo lejos. Todo lo que podemos ver es a través de un vidrio oscuro que nos ponemos delante de los ojos. Con él veo las cosas por ti, porque has dejado de creer que lo que vemos está formado por esas líneas que van de arriba abajo y de un lado a otro y que se mueven cada vez que te mueves. No todo lo que te he dicho es cierto. Siempre he creído que callar es mejor que reconocer que lo que me he atrevido a decir es por la tristeza de no estar junto a ti. Siento que las palabras dejan de tener sentido, y que son formas que van de la boca a las cosas más sencillas sin que nadie las pueda acomodar una tras otra. Ahora camino sobre estas palabras.

Recogemos una piedra y la guardamos, volteas y ves que estoy junto a ti. Subimos y la luna toma al sol con las manos y le da un beso en la boca y comprendemos que el dolor no corresponde a ninguna forma aunque cada vez que lo sentimos aparece igual y con las mismas palabras. En la oscuridad no sé quien dice que me parezco a ti pero, a pesar de que el sol y la luna se encuentren uno frente a otro, tú temblorosa has atravesado el mundo mientras que yo me he quedado en la orilla esperando a que pase la noche que ha venido a mediodía. En este momento tengo que cerrar los ojos para no perderte y gracias a ti llego a revivir la parte más oscura que hay en mí. El miedo que he sentido al soñar que sueñas a mi lado, el tamaño de tus mejillas cuando las toco y las líneas que desaparecen cada vez que hablas. No me comprendes, pero camino alrededor de ti lo más cerca posible y el cielo empieza a girar con nosotros. Escribo y camino como si fuera lo mismo, pero escribo y camino hasta donde me llamas con la mano levantada. Abro los ojos. Acostado junto a ti me muevo hacia donde te mueves y siento que he perdido el tiempo pasando de un sueño a otro. Después de todo, a nadie le pertenece lo que soñamos, ni que te quedes dormida en la pequeña barca quiere decir que nos tengamos que separar todas las noches. La mujer de enormes ojos negros me mira y espera que vaya hasta allá. ¿Qué quieres saber que no sepas? Te dejo con los ojos cerrados. No puedo decir que he soñado pero cada vez que recuerdo esa noche se encienden las luces que el sol y la luna nos habían quitado.

5.

Siete veces me dijiste ese día que éramos diferentes. Caminaste hacia mí para decírmelo, alejándote de donde empieza el mar y el deseo de verte bajando y subiendo por la escalera que va del cielo a la montaña. Cayó la noche como el cuello de un caballo salvaje, me besaste y por primera vez vi las letras y las palabras escritas en el cuadrado de tu mano. Después de siete días y siete noches me confesaste que te daba pena no haber guardado tu virginidad y tu inocencia como un tesoro que nadie ve. Cuando duermes me despierto al pie de una torre que construyes cada noche. Nunca me había alejado tanto de ti, pero te seguí por el camino hacia donde colgamos, junto a las doce piedras, las ilusiones y la esperanza perdida. Me falta valor para aceptarlo, pero después de lo que me he atrevido a decirte, me muevo con miedo de perderte. Te has alejado de mí y yo solo, en medio del ruido de la lluvia y de las cosas que caen en silencio, abro con una enorme llave la puerta de la habitación desordenada. Me pediste que confiara en ti, que recuperara los sueños que han sido suprimidos y doblar el cuerpo con un movimiento contrario. Esa noche llené tu espalda con líneas que te dejaron una serie de cicatrices como letras sueltas que ni tú ni yo pudimos pronunciar. Durante todo este tiempo había predominado un color verde seco que poco a poco se fue filtrando por todas partes. Aunque no sea tu color favorito te veías todavía más hermosa parada en medio de la sala, con tu falda levantada, enseñándoles sin pudor a todos tu cuerpo desnudo.

Mientras escribo estas líneas, una mujer cruza la esquina y un tigre estampado en su blusa salta de su espalda hacia la calle para alcanzar algo. Recuerdo las heridas y las noches pero su imagen es más poderosa y las cosas, por fin, empiezan a tener sentido. Deja de llover y me doy cuenta que la lluvia no tiene nada que ver con nosotros. Ahora sé que esa noche deseé besarte y me sentí indefenso. Me pediste que cambiara la palabra ilusiones por otra que pudieras tocar porque te daba miedo caminar sobre una varilla y resbalar. Lo único que teníamos era miedo y nos abrazamos y nos separamos toda la noche como dos gemelos con una parte desconocida para el otro. No pudimos dejar de soñar. Después de todo, no he olvidado la noche en que

para protegerte te tomé la mano, me la llevé a mis labios y me atreví a besarte sin ningún motivo. Esa no fue una buena manera de ayudarte sino de provocar otros peligros y equivocaciones que apenas el sueño ha ido ordenando a su modo. Tengo muy poco que ver con esto. Me he dejado llevar por el sueño que divide, indiferente, la noche del día y la noche en palabras que en la mañana nos esforzamos en recordar para saber qué hicimos y dejamos de sentir el uno para el otro. De día no te amo como cuando te paras a media noche de puntas en mi cabeza y empiezas a girar anunciando el atardecer como si fuese una victoria nuestra. Después de siete días somos menos diferentes aunque, para ti, mis manos sigan teniendo las mismas letras dibujadas que todavía no podemos descifrar.

6.

Esta noche, por una circunstancia que no entiendo, me encontré en la puerta de la casa una enorme mancha de miel. No estoy hablando de las ilusiones que hemos perdido, sino de un frasco entero de miel que alguien con toda intención vació en la puerta. Eran las ilusiones de alguien más. Quise ver un signo, pero Susana dijo en voz alta que era miel y con los dedos siguió la silueta que bajaba por los tres escalones.

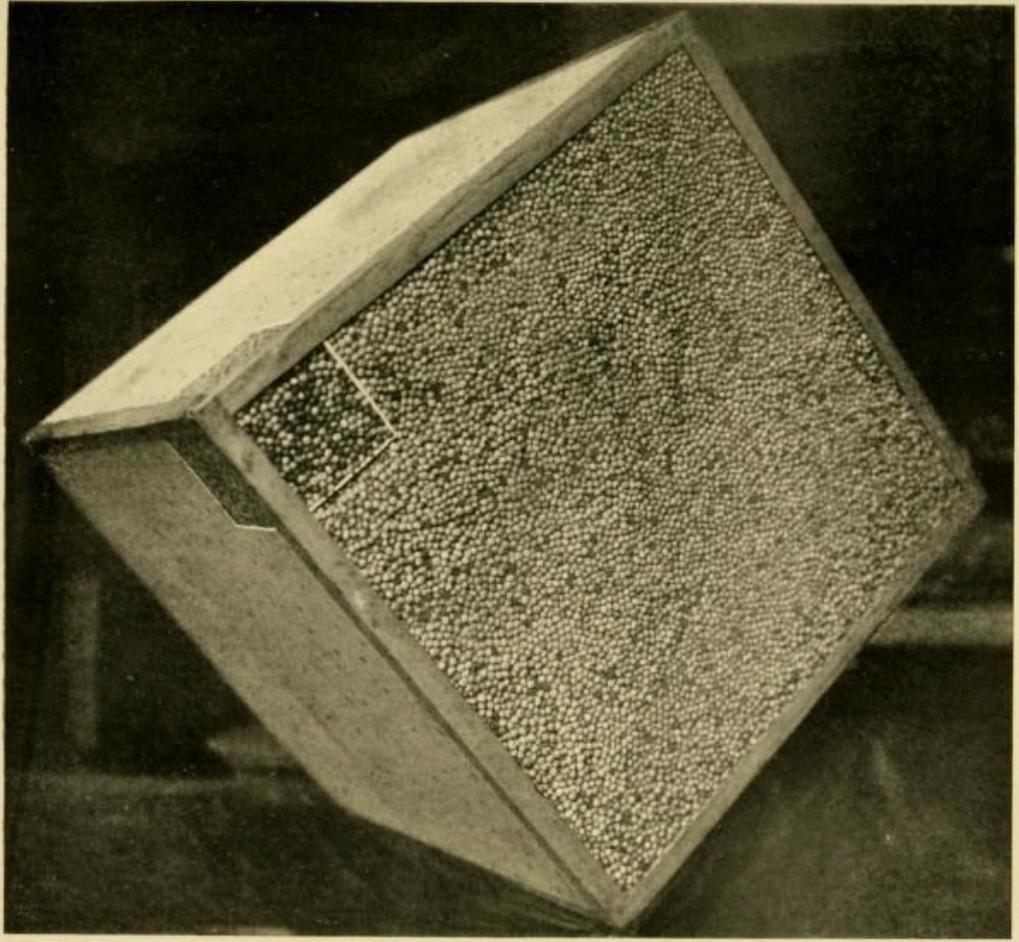
Después recuerdo que caminados por una barda. De un lado había niños que jugaban dentro de un hoyo, a la izquierda, unos árboles en círculo marcaban los límites del jardín. No estábamos solos pero caminamos en puntas como para que nadie se diera cuenta de nosotros. Susana saltó hacia donde estaban los niños. A lo lejos oí el sonido de una guitarra que pasó de un lado a otro. El tiempo también pasó de un lado a otro, de donde Susana había saltado a los enormes árboles que nos impedían salir. Pensé que me encontraba en un costado del parque, al que voy de vez en cuando, en donde se encuentran las enormes esculturas de un águila y de un león. Frente a mí, con el agua de la lluvia de varios días, había una fuente con paisajes de mosaicos. Las pequeñas montañas, los árboles y los ríos, pintados a mano, se repetían a mis pies. Me di cuenta que estaba parado en la orilla de un arrecife y que una carretera cruzaba diagonalmente de las montañas al mar. Susana se besaba con Elena. Las rocas eran grises y el cielo blanco. El mar también era gris y el agua que chocaba con las rocas era lo más blanco de todo. Era muy fácil caer si seguía caminando por donde andaba. Susana, de rodillas, con sus brazos pegados al cuerpo, entrecerrando los ojos y con su cara volteada hacia arriba, se dejaba abrazar y besar como una persona tímida que no le gusta ser fotografiada. De todos modos no se hubiera podido mover. Veía la sombra de una rama proyectada en un muro que el viento hacía subir y bajar. Bajé las escaleras y me metí a su recámara. Necesitaba una línea horizontal para dividir al mundo de una sola vez. De su cama destendida salía la única luz que había dejado. Me imaginé su espalda. Descubrí que me encontraba en el lado izquierdo, después de haber recorrido el camino por la orilla del mar y que si hubiera llegado un poco antes la hubiera encontrado todavía. Ahora recuerdo que la oscuridad era más

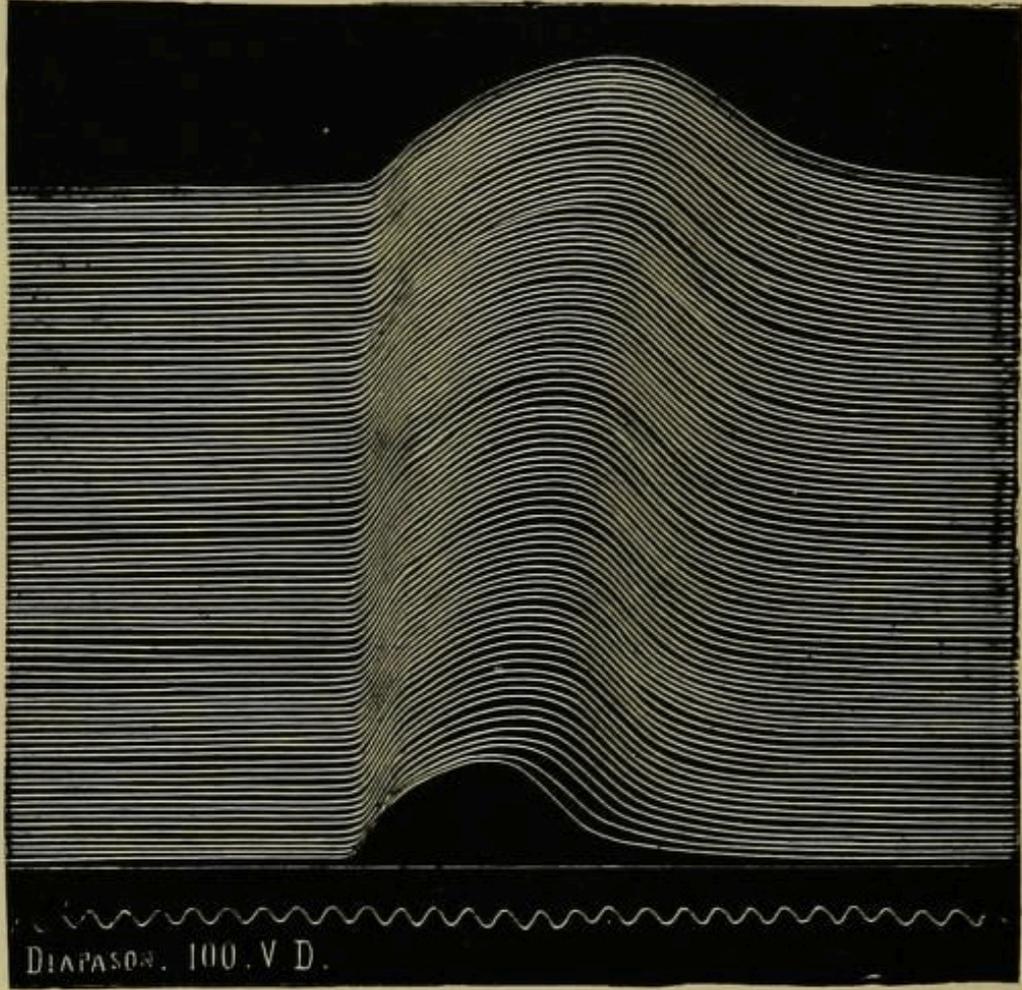
azul que roja y descubrí que el universo se componía de partículas que se mueven interrumpidamente de un lado a otro. Susana dejó que la observara. Del armario, una luz brillaba de una fotografía de la plaza de Siena tomada a mitad de la tarde. Ella siempre había querido regresar ahí aun si a esa hora el agua de la fuente cae silenciosamente sobre las escaleras que llegan al Duomo. Me la imaginé parada al pie de las escaleras viendo hacia mí, cumpliendo una promesa hecha en ese lugar con algún desconocido. Ella quería estar ahí para poder soñar cuantas veces fuera necesario, soñar todas las noches si fuera lo único que había logrado hacer sin la ayuda de alguien más.

Desapareció la luz e instintivamente abrí el cajón del armario. Con las manos sentí la ropa que Susana guardaba ahí, sentí la suavidad y el orden que había imaginado que podía haber en el mundo. Todavía hay amor. Pero de pronto, dejé de sentir las cosas como eran. Me extrañó que fuéramos capaces de guardar la ropa o de que tuviéramos que tener un sitio para guardar, dormir o pensar. Se me hizo imposible creer que las escaleras condujeran algún sitio o que alguien deseara subir para ver qué hay arriba. No sé cuánto tiempo permanecí en ese estado. Lo último que recuerdo es que, en medio de la oscuridad, mis manos tocaron un pequeño bulto envuelto en un papel arrugado. Era lo único que esa noche había conservado algo de materia. Lo tomé y me lo metí al bolsillo.



Billow







CARELESS WOMEN never appeal to gentlemen, Don't talk while dancing, for when a man dances he wants to dance

Page 30







7.

Así como me gusta ver, me gusta ser observado. Tal vez vivo bajo el influjo de un cuadrado suspendido en el aire con un círculo dividido en cuatro partes iguales. Es el mundo y el ojo de la noche que se han combinado en el principio de los tiempos y yo, con la inocencia del primer hombre, estoy desnudo con mi pene erguido en una sala repleta de gente. No siento la sangre, ni me doy cuenta que una de las cuatro partes del círculo está más iluminada que las otras. Mi sexo está duro como un objeto que no pertenece y que todos miran. He aprendido a ocultar que mis sentimientos como lo único que vale la pena guardar en algún sitio que los demás no conocen. Me puedo ocultar de todos menos de Susana que siente el mismo placer de ser observada. Elena me abraza por la espalda y me acaricia los muslos y el abdomen antes de tomar mi miembro con sus manos frías. Me dejo llevar por mi cuerpo y me dirijo hacia el este, en donde el cielo se estrella con la luz de la tarde. Susana nos observa como si se le hubiese olvidado el aspecto de su semblante, o como si quisiese recobrar así el recuerdo de ella misma, sus ojos tienen esa expresión velada del recuerdo difícil. Me acaricia y le pido que me bese, pero no quiere. Le pongo entonces mi pene a la altura de la boca y ella, con una nerviosa sacudida de cabeza se acerca, abre sus labios y saca su lengua sin tocarme.

He dibujado una montaña y la lluvia que bruscamente cae de lado derecho. He repetido el paisaje tres veces y nunca se han borrado las líneas en la noche. En el sueño vemos las mismas cosas que en el día aunque ni la luz ni el tamaño sean iguales.

8.

Una delgada línea amarilla tocaba la punta de mi pie. Me acomodé en el sofá de la sala junto a toda la gente que esperaba. No me había importado la luz pero, ahora que quiero describir la sala, me doy cuenta que la tarde se estrellaba en los pequeños pedazos de vidrio de las copas y botellas de la mesa de enfrente. Había un angelito suspendido en medio de la oscuridad y un hombre vestido de traje leía un libro en el que un hombre salía volando por los aires. Allí había un enorme cielo mientras que la línea a mis pies había desaparecido.

Estamos acostumbrados inocentemente a hablar en voz baja en medio de la oscuridad. Al fondo, alguien que apenas alcanzó a ver tosió violentamente entre las sombras que esperaban calladas y quietas. Una señora obesa se sentó junto a mí, tapándome la poca luz que me llegaba, y acomodó su bolso y un enorme paquete en sus piernas. No me podía mover. Ella estaba helada y pálida, vestida con las sombras de la nave oscura, clavándome su codo en mi brazo.

El silencio se había dividido en tres partes iguales y, a mi derecha, alguien dijo que había un coyote suelto en la sala. Me sobresalté y me sentí tan confundido como cuando bajé de la montaña con la pirámide encima. Ese día, más tarde, sin saber en realidad lo que había sucedido, leí un cuento en donde se relataba la misma historia. Era la explicación que necesitaba, por lo que guardé el cuento y después se lo di a leer a Susana. Tuve la sensación que todo estaba inclinado hacia un lado y que las palabras nos podían ayudar, pero ahora, en la oscuridad de la sala, me había comportado como un desconocido. Había oído bien, habían soltado a un coyote con el consentimiento de todos. Por la razón que haya sido, habían desobedecido una orden universal. Me tranquilicé al imaginarme que alguien en la sala conocía el comportamiento de esos animales y que se iba a encargar de mantenernos a salvo. De cualquier modo, me sentía incómodo y oía claramente su respiración en alguna parte de atrás de la sala. Lo único que alcancé a distinguir en la penumbra fueron las siluetas de las personas que estaban a mi lado. El ángel y el cielo habían desaparecido, en cambio, la mujer dormía como si fuera lo único que podíamos hacer y el hombre de traje continuaba viendo su libro. Me sentí amenazado. Susana no me

había contestado esa tarde y era necesario comunicarme con ella. Me levanté apoyándome en las piernas de la señora, caminé lentamente hacia la puerta hasta que choqué con algo que estaba tendido en el suelo, me incliné y me di cuenta que eran los cuerpos de una mujer y de una niña que dormían abrazadas. Seguí caminando agachado con las manos en el suelo hasta la puerta, procurando no despertar a nadie. En el descanso de la escalera había un gran vidrio de una enorme pecera abandonada en la que quedaban algunos fósiles y conchas. Siempre me ha interesado la simetría y el orden de las conchas de estos animales hermafroditas, una espiral que se desarrolla hacia la nada. Ayer, por mera coincidencia, Susana llevaba en su bolso algunos de estos animales y los vi nuevamente de cerca. Lo que más contrasta es la forma del animal con la córnea que lo cubre y su estructura geométrica con los arbitrarios trazos del pigmento. En la pecera me llamó la atención un enorme solarium que tiene la forma de dos espirales encontradas una dentro de otra. Su cono está pintado con manchas negras sobre un fondo blanco en un ritmo irregular en cada una de las curvas. Como su nombre lo indica, podría describir el movimiento del sol sobre su eje, alejándose cada vez más del centro.

Tenía en mis manos un manuscrito antiguo con grandes letras románicas escritas en tinta negra. Era un pergamino de cuatro octavos y, a pesar de su color amarillento, se había conservado en muy buen estado durante todos estos siglos. Me dolía el hombro. Esto carece de sentido, pero me propuse ser lo más sincero posible y confesar todo lo que siento sin importarme si lastimo a alguien y sin buscar en los demás el consuelo que no me quieren dar. Hay una gran diferencia entre el dolor de mi hombro y la espalda desnuda de la mujer que juega en el suelo con sus hijos. Ella esa noche no alcanzó a leer las palabras escritas que tenía en mis manos. Leía una oración en latín que narraba la manera como la Virgen, rodeada por una luz que no venía de ninguna parte, ascendía a los cielos ayudada por los ángeles. La Virgen parecía salir de atrás, de una construcción ceremonial en forma de escaleras talladas sobre las ásperas rocas rojas de la cima de una montaña. Las escaleras subían y bajaban a diferentes terrazas sobre un paisaje desértico y solitario donde una extraña pareja de viajeros se besaba y se abrasaba por última vez. Ahí cada año, durante tres noches seguidas, se celebraba la ceremonia de la muerte y de la Ascensión de la Virgen. Era un rito sagrado que reproducía las últimas palabras y movimientos que sucedieron en medio de una luz maravillosa que la llevó hasta los cielos.

Vi también una serie de grabados de la Virgen hechos por Mantegna que nunca había visto. Los cuatro elementos se reflejaban en su rostro formando distintos paisajes. La Virgen se repetía cuatro veces y la tierra, el aire, el fuego y el agua se reflejaban como un espejo en su cara. Inmediatamente me di cuenta que eran las imágenes que desde hace tiempo me había dedicado a reproducir en el cuerpo de Susana. Debo decir que estas imágenes las vi en un absoluto silencio.

Cuando el aire choca con la roca no es el mar el que se divide. Son dos rocas que permanecen en el mismo sitio. Esta es la impresión que nos produce el silencio. Busqué entre la noche. El dolor del hombro me hizo recordar a Elena, pero de repente quise estar solo. Lo que estaba sucediendo era algo muy íntimo que no deseaba compartir con nadie. Quien realmente tiene algo que decir es impulsado por sus emociones al golpear de lleno el

cuerpo para que el golpe fluya hacia los centros sexuales. En ese momento me encontraba en un lugar sagrado en donde una docena de mujeres se bañaban en una enorme piscina cubierta. Era un sitio extraño. Después, esa noche me sorprendí frente a la imagen de un lugar parecido que encontré al azar en una fotografía. Era también una piscina en donde los cuerpos de los bañistas se multiplicaban en el agua mientras un joven platicaba indiferentemente con tres hermanas sentadas frente a él. Un tres cruzaba la escena y ninguno parecía percibirlo. Nadie y menos las tres hermanas que creían que los trenes no pueden interrumpir el sueño. El recuerdo de la imagen fue como una caricia de una mano suave o como si la mano fuera la primera cosa que viniera directamente de la naturaleza hacia mí. No sé si la vida es poco o demasiado larga pero la eternidad se suspendió entre estas dos imágenes. En la primera había tres signos muy claros y en la segunda mi cuerpo era la única forma reconocible. Me metí al agua tibia y nadé suavemente a lo largo de la piscina. Cuando nada parecía que iba a suceder me alcanzó el cuerpo blanco de una mujer. Nadamos juntos y sentí su cuerpo blanco y desnudo. Me estremecí. La sujeté con mis brazos y ella instintivamente subió sus piernas en mis hombros. Me dejé acariciar el pelo y me besó la frente. Sentí sus senos mojados sobre mi cabeza. Después, casi sin sentirlo, subió sus pies a mis hombros. Estaba yo ahí en medio de la nada, con la imagen de una mujer que no conocía y la necesidad de hacer el mundo un sitio reconocible. Había amado a esa mujer y recordaba que de algún modo ella me amaba. Sentí un profundo calor en mis hombros y percibí su fragilidad. En silencio me di cuenta que el cuerpo puede soportar a otro cuerpo como la única forma de reconocer a quien hemos aprendido a amar.

Me encuentro en medio de una habitación acostado en el suelo envuelto en una gruesa manta. Desde las cuatro de la tarde permanezco en esta posición y no me puedo mover. Aunque no puedo caer, poco a poco me resbalo y pierdo el equilibrio y el apoyo. Siento los pies calientes y me acuerdo que no me he quitado los zapatos. He escrito en el muro izquierdo “landunder” con grandes letras con la intención de que cuando me encuentren sea lo primero que vean. Como si todo estuviera dicho. He decidido permanecer ahí escondido por un tiempo con el propósito de pensar ya que no ha quedado nada entre mi cabeza y mis pies. Gimo, toso, vuelvo a gemir y oigo el sonido de una rama que se resquebraja y cae al suelo. Ese soy yo, pienso con no sé que palabras. Me quedo tranquilo y deseo que alguien venga y me ayude. En ese estado es poco lo que alcanzo a imaginar. Lo primero que me viene a la mente es una varilla de cobre envuelta en un paño oscuro y a la derecha una bocina de la que salen sonidos parecidos a los que hace mi cuerpo. Tal vez afuera, en la calle, llueva y algunas personas corran cargando cajas de cartón hasta el recoveco de la entrada de una casa. O tal vez una pareja se bese bajo el sol. Yo sólo recuerdo tus besos y la lluvia como dos imágenes posibles. Sería mejor quedarme aquí sin pensar en nadie ni en nada. No es que el camino se estreche ni que el cielo no quiera avanzar pero no puedo ver y ahora no sé que pueda pasar. Los dos mundos son simultáneos aunque en donde estoy las cosas conservan su propia naturaleza. La manta es caliente y dura y los sonidos que vienen de afuera son cada vez más parecidos a los que hago. Estoy en un mundo en el que la materia está por encima de todas las cosas.

Son las seis de la tarde y una liebre o un gato salta a mis pies. Entonces no hay nada en que pensar. Todo se da y ahí estoy como una escultura en el espacio. Mejor dicho como una escultura que gime y tose. Creo que la misma ausencia de imaginación tiene que ser imaginada. El amor de Susana me ha hecho inmortal y no le tengo miedo a que un día las aves pasen volando de un lado a otro.

A las ocho, la liebre sube a mi cabeza. Siento sus saltos o ¿son mis pensamientos? Pienso que lo mejor de todo es que las liebres caminan sin zapatos. Recuerdo que una tarde salí

descalzo, seguí las huellas de alguien que había desaparecido a mitad del invierno y descendí hasta donde el cuerpo se divide del alma y las almas acurrucadas hablan en una lengua extraña.

Oigo que alguien viene. Abre la puerta, la cierra y camina hacia mí. Después oigo más pasos que me rodean. El silencio me hace suponer que han leído el letrero y creen que algo tiene que ver conmigo. (Con toda seguridad la liebre se ha asustado ya que no la siento cerca de mí). Son más o menos las diez de la noche.

A medianoche me levanto y veo que hay más gente de la que había imaginado. Han permanecido en silencio junto a mí y me miran como a un extraño que ha invadido un espacio prohibido. Después los rodeo y me doy cuenta que la noche ha transcurrido en una serie de suposiciones y que he tenido que fingir que no siento nada.

II.

Casi siempre en la noche paso de un pequeño a un gran espacio. Los caminos que recorro nunca son los mismos. Ayer de una mesa que tenía enfrente pasé a un valle que diagonalmente se extendía y regresaba hasta mí como si en mis pies comenzaran y terminaran las cosas. Más que un sueño era una gran mesa que de repente se extendía frente a la pequeña mesa en la que estaba sentado. Era una planicie formada por valles y montes llenos de pinos que se ordenaban en triángulos y rectángulos de diferentes tonos de verde que yo veía desde lo alto. Desde ahí podía anticipar cualquier cosa aunque en los sueños hay espacios que nunca alcanzamos a ver.

No creo que debamos esperar a que los demás decidan por nosotros, ni que cuando nos sentimos solos y abatidos dejemos que el destino venga y pase sin darnos cuenta. Es lo que siento ahora que Susana me abraza y me besa por la espalda sin que me pueda mover. Estamos en el piso frente algunas personas que no conozco. Esa mañana Elena se rasuró el pubis y se paseó desnuda frente a mí. Elena me desabotona la camisa y me acaricia el pecho. La posición me impide que la abraze y que la bese, estoy a su merced y dejo que ella haga lo que quiera conmigo. Siento su boca en mi nuca y veo sus manos que me abrazan. No creo que la boca que me besa y las manos que me tocan sean de la misma persona. Mi cuerpo está completamente recargado en su cuerpo y lame mi cuello y mete sus manos entre mis pantalones. Las semillas están diseminadas y sobre el césped oigo que las plantas empiezan a crecer.

He combinado dos imágenes: el camino que en la noche tomé bajo la nieve, entre la estación del autobús y el auditorio donde se exhibía una exposición de fotografías, y la taberna en donde cenamos hace un par de días. Creo que Susana no se ha equivocado, las palabras son una forma de aproximarse sin tocarse. Ella es la imagen de lo desconocido, la única prueba de que el mundo inmaterial tiene un orden y una intensidad que corresponde a una realidad añadida a la palabra. La imagen aparece en los bosques de sueño, es el testigo que tranquiliza los movimientos del alma y trae al mar hacia la orilla. El sueño representa este estado de gracia que permanece como un punto intermedio imposible. No es la tempestad que cae sobre los grandes campos, ni el viento que entra en el bosque para romper ramas y revolver el agua del río, es la imagen que se desliza y cambia con el tiempo y la fragilidad del alma frente a la fuerza que actúa sobre ella.

En la taberna, la barra se separa en un rincón donde una pareja se besaba en el suelo. Había caído la noche y la penumbra hacía menos peligroso el encuentro de los enamorados. Se acariciaban locamente, escondidos de la vista de los demás. Habían huido a ese sitio en donde creyeron que nadie los iba a encontrar y, en la soledad, se habían dejado llevar por una fuerza que los iba haciendo cada vez más débiles. Más tarde, esa misma

noche, caminaron por una calle desierta y oscura, en la que la luz de la luna se reflejaba en la nieve. De un lado de la calle pasaba un canal por donde corría un río y ellos, como dos extraños, habían evitado que el río y la calle se encontraran, remiendo que eso pudiera significar un peligro.

Las dos imágenes son imprecisas y sólo a través de la escritura pueden fijarse simultáneamente y vencer el tiempo que amenaza que pierdan su fuerza y se aíslen.

Ahora recuerdo que Elena me insinuó que buscáramos un lugar apartado y que deseaba que la tomara con violencia. Salimos y la calle estaba inundada. La vida había quedado bajo el agua, los autos, la acera y los árboles estaban cubiertos por una agua cristalina que fluía hasta el mar que veíamos a lo lejos. Sobre esa hermosa imagen sobresalía una enorme estructura de hierro que giraba libremente.

Las cosas que han pasado se pueden dividir en dos, como lo he hecho con los sueños y con las mañanas que me despierto con el ruido de lo que sucedió la noche anterior. Olvido fácilmente lo que hablamos y pego los brazos al cuerpo. Esa es la manera como deseo llegar a juntar las cosas que se han separado. Las sillas en la terraza brillan pero todo lo demás es gris. En ese momento me doy cuenta que estoy en el interior de un espacio vacío y llego a oír el eco de una llave abierta. Alguien se está bañando, me digo y mientras lo digo llego a oír mi voz. Todo se puede dividir en dos porque cualquier cosa se reduce a una forma y a una realidad invisible que hace que parezca como tal, que por encima o a lado –como una pendiente que baja hasta el manantial– forma un cuerpo que se mueve y tiene un alma. La primera parte del sueño viene de una pequeña rendija de un rincón de una habitación oscura. El ruido del agua y la luz se sumaban a lo que esa noche iba a recuperar. Como siempre había empezado de la nada, o de casi nada, porque cuando empiezo a soñar siempre voy acompañado del ruido de la calle o de una inclinación del cuerpo, de cualquier cosa de lo que no me he podido separar. El vapor me hacía sudar y la oscuridad y el calor se amontonaron a mí alrededor como una sensación húmeda, caliente y pesada al mismo tiempo, combinando las cantidades de fuego y aire con que estamos hechos. De todos modos, estaba en un mundo incompleto dividido en cuatro del que a cada parte le pertenecía otra. El ruido subía hasta la ventanilla y bajaba empujándome y jaloneándome para despertarme o para que me bajara de ahí, pero yo quería permanecer parado encima de la enorme estatua ecuestre de donde alcanzaba a ver todo. El agua era una serie infinita de rayas delgadas y finas que desaparecían al caer, o alfileres que se clavaban casi todos en el mismo sitio. Nadie puede decir que no lo intenté. La vida parecía acabarse en ese momento y el cielo podía arrojar las estrellas, pero estaba seguro que, mientras eso sucediera, la noche era la parte más grande del sueño. Durante esa noche tuve muchos nombres que leí proyectados a través de un prisma. El agua caía ardiendo y Susana y Elena estaban sentadas frente a la regadera abierta. Pensé que se veían como dos hermanas que han descubierto un río subterráneo al que llevan a beber a todos los desesperados.

Asomado por esa segunda ventana abierta, dije algunos de mis nombres en voz alta y me di cuenta que había perdido la inocencia por lo que me sentía triste y avergonzado. Triste no era la palabra, pero con mi barba apoyada en mis manos parecía el hombre más triste del mundo. Poco a poco las cosas desaparecieron por la ventana abierta por encima de los ojos. Quise besar a Susana, pero no pude porque fue la primera que desapareció. Después se desvaneció Elena y –como un tejido que se deshila de una punta– se perdieron los pocos colores que habían. Si tuviera que explicar lo que pasó, diría que el mundo se deslizó por un plano inclinado hacia la ventana, que como una estrella lo atrajo y lo disparó a otra realidad. Con toda seguridad estaba dormido boca arriba por lo que dejé de sentir el espacio y mi cuerpo. Estaba en un inmenso vacío en el que el agua era lo único que quedaba. La tierra, el aire y el fuego desaparecieron, uno por uno, y después hubo un movimiento contrario y yo ya no estaba ahí, aunque tengo la sensación de que todavía oía el agua caer y no creo que el sonido exista sin ser percibido. Esta primera parte había terminado como había empezado, en una inmovilidad del cuerpo y del alma que se unían por primera vez.

En la segunda parte del sueño recuerdo que Susana y Elena entraron una tarde calurosa a un bar y se sentaron frente a un viejo y pagaron sus caras a sus mejillas. A Elena siempre le han caído mal las historias tristes, pero escuchaba atenta la vida de Susana que oía como la primera vez. El viejo conocía sus fracasos, sus miedos y sabía que ese día la muerte se le había acercado demasiado. Estaba parado con sus manos sujetando sus tirantes y Susana, acostada desnuda de cabeza, lo veía caer y entendió por qué había tenido que huir. En ese momento me sentí solo y escribí que me sentía solo con el mundo de cabeza. Escuché que Susana estaba enamorada, pero que desconocía que el amor que sentía va de cualquier parte del cuerpo a las palabras que deseamos decir cuando estamos solos. Después de algún tiempo, recuerdo la imagen de Susana acostada de cabeza como un círculo que gira alrededor del sueño. Ahora sé que nada de esto estaba sucediendo; eran simplemente palabras que leía una tras otra, sin lograr que de entre ellas apareciera su imagen volteada hacia abajo con la boca entreabierta. Todos habían desaparecido y yo leía que el viejo relataba su vida. Pensé que podía morir en cualquier momento, aunque haya escogido esa

noche para descansar. Susana se tapó la cara con las manos y se dejó caer; había hecho todo lo posible para permanecer ahí, pero unos grandes árboles crecieron a su alrededor y las sombras se adelantaron sobre ellos.

A la mañana siguiente, con la luz que cotidianamente se abraza a las hojas, el viejo creyó que Susana podía alcanzar la felicidad si rechazaba el miedo con el que despertaba todos los días. Las frases se sucedieron y leí que cuando dijo que nada se podía hacer sin amor, sus ojos azules y cansados voltearon hacia donde alguien con una enorme espada partió en dos a una serpiente invisible.

Hay que intentar ver donde ya no es posible ver, donde ya no hay visibilidad. Pero esa luz que a veces me espera, no hay que guardarla en el bolsillo. Uno la pierde enseguida. Cada vez hay que lanzarse de nuevo a su búsqueda. Es difícil mantener el ojo sobre el todo. Es posible que cuando cierre los ojos desaparezcan la mesa que está frente a mí y las palabras con las que el día de hoy me desperté. Estoy en el único sitio en el que las cosas no son palabras y lo que pensamos que decimos está escrito en una lámina corta y delgada que termina siempre con la misma palabra. Me muevo hacia la izquierda y todo deja de importarme. En la tarde doy un largo paseo a través de un camino azul en donde ha caído el cielo entre los matorrales y lo que pasa a mi lado deja de importarme. No estoy seguro del orden, pero lo primero que apareció fue una boca que besaba, luego un triángulo que resbalaba por una colina y, por último, la sensación de que el amor nos hace mover de un lado a otro. Pero una noche calurosa de verano hace olvidar las mañanas frías. Esta frase carecería de sentido si la dijera desde donde estoy acostado ahora, pero creo que es posible que lo que vemos lo podemos decir con la misma serenidad. Oigo el mar en la oscuridad. Iba a decir que el mar es más oscuro que la noche, pero me doy cuenta que la mesa que tengo frente a mí es más oscura que cualquier cosa. No se mueve ni la oigo pero sé —por alguna razón desconocida— que está ahí a los pies de mi cama. Eso es lo más importante de todo. Las palabras son más importantes que las cosas aunque no las alcancemos a ver. Vuelvo a pensar en el camino de esta tarde porque sé que es lo único verdadero que he sentido desde hace mucho tiempo y porque además tengo la impresión que me encontré con algo que no vi con claridad. Una mano tapa mis ojos y siento mi cuerpo como una huella que alguien más ha dejado.

Los que han sido beneficiados por el amor mueven las manos de diferente manera por lo que nos acercamos a ellos. Pero ella, esa noche, quieta como una imagen más al pie de la Virgen, estaba tan cerca de nosotros que el silencio y devotamente no podíamos dejar de escucharla. La capilla estaba apenas iluminada y su belleza –como una luz que se abre paso con trabajo– resplandecía en nuestros ojos. Había viento se abrieron dejándola pasar y la oímos contar los maravillosos dones y las divinas pruebas de amor que el Señor le había dado. Me retiré un poco para contemplar su belleza y noté que nada estaba en equilibrio, sólo ella que conservaba su fijeza. Mejor así, pensé, esto me permitía verla sin tener que estar balanceándome de un lado a otro. Pero poco a poco su imagen se transformó en una esperanza abrumadora, si me atrevo a decirlo, porque esa noche no tenía nada que perder. Hasta ese momento me di cuenta que era un ángel vestido de negro que lloraba por la pena de haber sufrido por nuestros pecados y por encontrarse tan lejos y tan cerca de todo. Vi como empezó a levantarse y, desde lo alto, su perfil se iluminó de un amarillo tan intenso que nos hizo cerrar los ojos. Era más bella que la Virgen sin lugar a dudas y nos protegía de todo daño con las manos abiertas a sus costados. Su imagen me produjo una paz que nunca había sentido y me hubiera podido quedar a su lado para siempre, pero alguien me tomó del brazo y me sacó a la calle.

Caminé varias cuerdas manteniéndome lo más cerca posible de la acera. Es verdad que con frecuencia se traslada uno en sueños, el aire se ennegrece de caras y fábricas, se ven pasar tranvías y, bajo los pies que moja la hierba, aparecen de pronto adoquines. Al salir, sólo conservé su rostro detenido por un óvalo de luz que miraba con el mismo temor que provoca un rayo que baja y golpea una roca. Descendí por una larga escalera redonda que llegaba a unos descansos circulares que se encontraban al aire libre. Junto a mí, una pareja se abrasaba y se besaba en cada terraza. Después me convencí que eran dos escaleras de donde la pareja se asomaba para acariciarse y besarse. En cada piso, la pareja formaba una figura simétrica que se repetía a intervalos iguales y que se enredaba con la poca luz que había. Ella, de repente, abrió los labios y llevó sus manos al pecho rindiéndose

por fin. Durante todo este tiempo no pude dejar de pensar en la mujer de la capilla y me la imaginé en medio de esa escena con las manos juntas y con los labios cerrados. Me había dejado llevar para encontrarla abrasada a un desconocido. Reconocí sus ojos negros y se escondió de mí asustada. Vi que empezó a llorar y se sintió avergonzada que, siempre a la última hora, tenía que regresar a dormir sola con el cuerpo agotado después de tanto llorar.

Llegué a una esquina, entré a un viejo restaurante y me encontré con el sacerdote que me había sacado a empujones de la capilla. Comíamos en una gran mesa y a mi lado un hombre pequeño y nervioso dijo que me conocía. Me habló de mis padres y describió la fuente que había en el pequeño jardín de mi casa cuando era niño. Me sentí incómodo que un desconocido recordara algo que yo apenas podía recordar y quise huir. La sinceridad era mi principal enemigo y sentí que esa noche podía recuperar la pureza. Había escuchado demasiadas cosas y no quería que me dejaran a un lado. Ella se había atrevido a decir algo que nadie había dicho y el silencio y las palabras se separaron como el cuerpo que deja de moverse cuando sueña.

Todo esto lo escribí hace algún tiempo y un día se lo di a leer a Susana. Recuerdo que le sorprendió la primera frase y me dijo que lo demás lo había escrito para poder justificar su sentido. Pensé que la vida se organiza de ese modo, a partir de una imagen de la que se forman otras y que van ocupando diferentes niveles en los que nos podemos detener y ver la vida desde ahí. Ahora que vuelvo a escribir esta historia, no puedo decir que pasó después. Sólo recuerdo que al final me sentí acorralado y deseé salir y encender un cigarrillo. Atropelladamente me paré de la mesa, salí a la calle y caminé hasta una enorme puerta de un auditorio vacío y oscuro. No sé si estaba solo, pero recuerdo que tuve la sensación de que alguien estaba caminando a mi lado. Sin embargo, sentí un absoluto alivio al entrar en esa inmensa oscuridad. Ya nada importaba. La última sensación que recuerdo es que metí la mano al bolsillo buscando el paquete de cigarrillos.

(Ottawa, 1995)